razón: porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra, debe sobrepujar todas las cosas; y más se debe consolar y contentar con esto, que con todos los beneficios recibidos o que puede recibir».

Este es el contento y gozo de los bienaventurados. Más se alegran los Santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo no la quieren tanto por el provecho que a ellos les viene y por el contento que reciben, como porque se huelga Dios de ello, y porque es aquella la voluntad de Dios. Y de ahí viene que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene, que no desea más ni le pesa de que el otro tenga más; porque en viendo uno a Dios, así lo transforma en sí, que deja de querer como él, y comienza a querer como Dios: y como ve que aquel es el contento y beneplácito de Dios, ese es también su gusto y su contento. Esta perfección vemos que resplandecía en aquellos grandes Santos, en un Moisés, en un san Pablo, que por la salvación de las almas y por la mayor gloria de Dios parece que se olvidaban y no hacían cuenta de su propia gloria. Decía Moisés a Dios: «Señor, o perdonad al pueblo, o borradme a mí de vuestro libro[304]»; y san Pablo: «Deseaba yo mismo ser anatema por Cristo, por amor de mis hermanos[305]». De quien aprendió des-

304 Exod. XXXII, 31.

305 Rom. IX, 3.

pués un san Martín y otros Santos: «Si todavía soy necesario a vuestro pueblo, no rehuso el trabajo». Posponían su descanso y cedían de buena gana a su gloria que tenían ya cerca, y ofrecíanse de nuevo al trabajo por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la voluntad de Dios acá en la tierra como se hace en el cielo, que olvidados de todo nuestro interés pongamos todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y que estimemos y tengamos en más el contento de Dios, que todo nuestro provecho, y que el poseer los cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfección que pide este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interés de los bienes espirituales y aun de los bienes eternos, y de la misma gloria habemos de apartar los ojos por ponerlos en el contento y voluntad de Dios, ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá también cuán lejos está de esta perfección el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que decíamos al principio: En que me pongan en este lugar, o en aquel; en este oficio, o en el otro; en estar sano, o enfermo; en que los otros me tengan en poco, o en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en más la voluntad y contento de Dios, que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales y aun en los eternos, ¿y reparáis vos en esas cosas que respecto de estas otras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad, que

cede de buena gana a su propia gloria y se contenta con el más bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino sólo por querer más el contento y beneplácito de Dios, muy fáciles se le harán todas esas otras cosas, pues renuncia y cede a lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo más a que puede uno ceder por conformarse con la voluntad de Dios: si Dios quiere que yo me muera luego y tenga menos gloria, más quiero yo eso, que morirme de aquí a veinte o treinta años, aunque hubiese de tener mucha mayor gloria. Y por el contrario, aunque tuviese cierta la gloria muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando, más quiero eso, que ir luego a la gloria. Porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad, ese es mi contento y esa es mi gloria: «Vos, Señor, sois mi gloria y el que levantáis mi cabeza[306]».

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, en el lib. V, c. 2 de su vida; se cuenta un ejemplo bien raro acerca de esto. Estando un día con el Padre maestro Lainez y con otros, a cierto propósito, preguntó nuestro santo Padre: Decidme, maestro Lainez, qué os parece que haríais, si Dios nuestro Señor os propusiese este caso y os dijese: si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo y te daré la gloria eterna; pero si quisieres aun vivir, no te doy

306 Psalm. III, 4.

seguridad de lo que será de tí, sino que quedarás a tus aventuras; si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres del bien, como te hallare así te juzgaré. Si esto os dijese Nuestro Señor, y vos entendieseis que quedando por algún tiempo en esta vida podríais hacer algún grande y notable servicio a su divina Majestad, ¿qué escogierais? ¿qué responderíais? Respondió el Padre Lainez: Yo, Padre, confieso a vuestra reverencia que escogería el irme luego a gozar de Dios, y asegurar mi salvación y librarme de peligros en cosa que tanto importa. Entonces dijo nuestro santo Padre: Pues yo cierto no lo haría así, sino que si juzgase que quedando en esta vida podría hacer algún singular servicio a Nuestro Señor, le suplicaría me dejase en ella hasta que le hubiese hecho, y pondría los ojos en él y no en mí, sin tener respeto a mi peligro o mi seguridad. Y no le parecía a él que quedaba en duda su salvación, sino antes más cierta y más aventajada por haberse fiado de Dios, quedándose acá por servirle en aquello. Porque, ¿qué rey o príncipe hay en el mundo, decía él, el cual si ofreciese alguna gran merced a algún criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle servir en alguna cosa notable, no se tuviese por obligado a conservar y aun acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba de ella por su amor y por poderle más servir? Pues si esto hacen los hombres, que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué habemos de esperar del Señor, que así nos pre-

viene con su gracia y nos hace tantas mercedes ¿Cómo podríamos temer que nos desamparase y dejase caer, por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de él por él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

CAPÍTULO XXXII.

De la conformidad, unión y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.

Para que se vea más la perfección y excelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta dónde podemos llegar con él, por conclusión y remate de este Tratado dirémos un poco del ejercicio más alto, que ponen los Santos y maestros de la vida espiritual del amor de Dios, que parece viene aquí a propósito; porque uno de los principales efectos del amor, como dice san Dionisio Areopagita[307], es hacer que las voluntades de los amados sean unas; esto es, que tengan un querer y un no querer. Y así cuanto uno estuviere más unido y más conforme con la voluntad de Dios, tanto tendrá más amor de Dios, y cuanto mayor amor tuviere, tanto estará más unido y confor-

307 Cap. 4 de divin. nomin.

me con la voluntad de Dios. Para declarar mejor esto es menester que subamos al cielo con la consideración, y veamos cómo están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con él; porque cuanto más nos llegáremos a esto, tanto será nuestro ejercicio más perfecto. El glorioso apóstol y evangelista san Juan en su primera Canónica dice que la vista de Dios a los bienaventurados hace semejantes a él: «Sabemos que cuando él apareciere serémos semejantes a él; por cuanto nosotros le veremos así como él es[308]». Porque en viendo a Dios quedan de tal manera unidos y transformados en Dios, que tienen una misma voluntad y un mismo querer con él. Pues veamos cuál es el querer, y voluntad y amor de Dios, para que así veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados, y de ahí cojamos cuál ha de ser el querer, y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer, y voluntad y amor de los bienaventurados; de manera que, el amor de los Santos y bienaventurados es un amor y un querer con que aman y quieren con todas las fuerzas que Dios sea quien es, y sea en sí tan bueno, y tan glorioso y digno de honra como es. Y como ven en Dios todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí aquel fruto

---

308 I Joan. III, 2.

del Espíritu Santo que dice el apóstol: «El fruto del Espíritu es gozo[309]», que es un gozo inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo. Por lo que vemos acá podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegría y gozo que recibe acá un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico y poderoso, y muy estimado y querido del rey: cierto, hijos hay tan buenos, que dirán que no hay cosa a que se compare la alegría que reciben de ver a su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos viendo a su verdadero Señor, y a su Criador y Padre celestial, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso, que por sólo su querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin él no se puede menear una hoja en el árbol? Y así dice el apóstol san Pablo[310], que este es un gozo tan grande, que ni ojo lo vio, ni oreja le oyó, ni puede caer en corazón de hombre. Este es aquel río caudaloso que vio san Juan en el Apocalipsis[311], salir de la silla de Dios, y del Cordero, que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el cielo, y embriagados con este amor cantan aquella alelu-

309 Galat. V, 22.
310 I Cor. II, 9.
311 Cap. XXII, 1.

ya perpetua que dice allí san Juan, glorificando y bendiciendo a Dios: «Aleluya, porque reina el Señor nuestro Dios el todopoderoso: gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria[312]». Estánse alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el pláceme y para bien de ella con grande júbilo y regocijo. «La bendición, y la claridad, y la sabiduría y la acción de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza a nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen[313]».

Este es el amor que los Santos tienen a Dios en el cielo, y la unión y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar mirar acá a nuestro modo para que se haga la voluntad de Dios en la tierra, como se hace en el cielo. Dijo Dios a Moisés cuando le mandó hacer el tabernáculo: «Mira que hagas todas las cosas conforme a la traza que te mostraré en el monte[314]». Así nosotros todo lo habemos de hacer acá a la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la gloria. Y así habemos de estar amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el cielo, y lo que está amando y queriendo el mismo Dios, que es su misma gloria, y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondremos aquí brevemente la práctica de este ejercicio.

---

312 Cap. XIX, 6, 7.
313 Apoc. VII, 12.
314 Exod. XXV

Cuando estáis en la oración considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estaos con la voluntad holgando, y regocijando, y tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie y todos la tengan de él, de que sea todopoderoso, tan bueno y tan lleno de gloria como en sí mismo es; y así de todas las demás perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios.

Este, dice santo Tomás[315] y los teólogos, que es el acto mayor, y más perfecto amor de Dios. Y así es también el más alto y más aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios. Porque no hay mayor ni más perfecto amor de Dios que el mismo Dios se tiene a sí mismo, que es de su misma gloria, y de su ser sumamente perfecto y glorioso: ni puede haber mejor voluntad que esa. Luego tanto mayor y más perfecto será nuestro amor, cuanto más se asemejare a este amor con que Dios se ama a sí mismo; y tanto mayor y más perfecta será nuestra unión y conformidad con su divina voluntad. Y más, dicen allá los filósofos, que «amar a uno es quererle bien[316]». De donde se sigue que cuanto mayor bien deseamos a uno, tanto más le amamos. Pues el mayor bien que

315 2, 2, q. 28, art. 1 ad 3, et art 2.
316 Aristot. Reth. Lib. II, cap. 4.

podemos querer Dios es el que él se tiene, que es su ser infinito, su bondad, su sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos a alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene, mas podemos quererle algún bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas a Dios no podemos quererle en sí mismo algún bien que no tenga, porque es del todo infinito: y así no puede tener en sí más poder ni más gloria, ni más sabiduría ni bondad de la que tiene: y así holgarnos, y regocijarnos, y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le podemos querer, y por consiguiente el mayor amor que le podemos tener.

De manera, que así como los Santos que están en el cielo , y la humanidad santísima de Cristo, y la Virgen Nuestra Señora, y todos los coros de los Ángeles se están holgando de ver a Dios tan hermoso y tan abastado de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten , que no se satisfacen sino prorrumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta: «Bienaventurados, Señor, los que a moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán[317]», así nosotros habemos de juntar nuestros corazones y levantar nuestras voces con las suyas,

317 Psalm, LXXXIII, 5.

como nos lo enseña nuestra madre la Iglesia. «Con los cuales os suplicamos humildemente que dispongáis se junten nuestras voces, diciéndoos con ellos: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria[318]». Siempre, o lo más continuamente que pudiéremos, habemos de estar alabando y glorificando a Dios, holgándonos y regocijándonos del bien, y gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y para bien de ello: y de esta manera nos asemejaremos acá a nuestro modo a los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el más alto amor y la más perfecta conformidad con la voluntad de Dios que podemos tener.

CAPÍTULO XXXIII

Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la sagrada Escritura.

Por lo mucho que en la divina Escritura se encomienda y repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y excelencia y cuán agradable sea a Dios; y juntamente podremos tomar de ahí materia para ejercitarle y detenernos más en él. El real profeta David en los Salmos a cada paso nos convida a este ejercicio diciendo:

318 Prefacio de la misa.

«Alegraos en el Señor, y regocijaos, o justos; y gloriaos todos los rectos de corazón[319]». «Alegraos, justos; en el Señor, y deleitaos, y regocijaos, y complaceos en sus bienes infinitos, y daros ha lo que le pidiéreis[320]», o por mejor decir, lo que deseáreis y hubiéreis menester. Porque esta es una oración en la cual sin pedir, pedís, y oye Dios el deseo de vuestro corazón. El apóstol san Pablo escribiendo a los filipenses, c. IV, 4, dice «Gozaos en el Señor siempre». Y pareciéndole que no era consejo este para decirle una sola vez, torna a repetir: «Otra vez, os digo que os holgueis». Este es el gozo en que se alegró la Virgen santísima cuando dijo en su cántico: «Alegróse mi espíritu en Dios mi salud[321]». Con este y gozo se alegró también Cristo nuestro Redentor, cuando dice el sagrado Evangelio: Alegróse en el Espíritu Santo[322]» El real profeta David dice, que era tan grande el gozo y regocijo que recibía su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuan dignísimo es de que todos se gocen del bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba la alegría al cuerpo, y se encendía la misma carne en amor de Dios. «Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo[323]». Y en otra parte dice: «Mi ánima se alegrará en el Señor y se gozará en Dios autor de la salud; y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos[324]?» Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la iglesia regi-

319 Psalm. XXXI, 11.
320 Psalm. XXXII, 1 et XXXVI, 4.
321 Luc. 1, 47.
322 Luc. X, 21.
323 Psalm. LXXXIII, 3.
324 Psalm. XXXIV, 9.

da por el Espíritu Santo, en el principio de las horas canónicas, comenzando los maitines nos convida con el invitatorio a amar de este manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infinitos; y es tomado del salmo XCIV: «Venid, alegrémonos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud, porque es grande sobre todos, y suyo es el mar y la tierra; todo es obra de sus manos». Y por la misma razón y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: «Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amen». Este es aquel entrar en el gozo de Dios, que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: «Entra en el gozo de tu Señor[325]»; participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando, y regocijando juntamente con el mismo Dios, de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos aficionemos más a este ejercicio, y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo, nos ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios. Es lo tanto, que sólo verle hace a los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno viesen a Dios, cesarían todas las penas, y se trocaría el infierno en paraíso. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí solo Dios verdadero[326]», dice el mismo Cristo por san Juan. En eso con-

325 Mattha. XXV, 21. 326 Joan. XVII, 3.

siste la gloria de los Santos, en ver a Dios. Eso es lo que los hace bienaventurados; y esto no por un día ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando a Dios, sino siempre se les hará nuevo aquel gozo; conforme a aquello del Apocalipsis: «Y cantaban como un cántico nuevo[327]». Harto parece que se declara con esto la bondad, hermosura y perfección infinita de Dios; pero aun más hay que añadir, y aun harto más. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose, es bienaventurado. La gloria y bienaventuranza de Dios es verse y amarse a sí mismo. Mirad si tenemos razón de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura, y en una gloria tan grande que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace a todos aquellos ciudadanos bienaventurados, y el mismo Dios también conociéndose y amándose es bienaventurado.

CAPÍTULO XXXIV

Cómo nos podrémos extender más en este ejercicio.

Podemos también humanarnos y extendernos más en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, con-

327 Apoc. XIV, 3.

siderando su dignidad y perfección grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso, holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la persona divina que esté tan llena de gracia y de gloria; que sea instrumento de la Divinidad para obrar cosas tan altas, como son la santificación y glorificación de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunican a los hombres; y finalmente holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece a la perfección y gloria de aquella alma gloriosísima y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Redentor, y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo: al modo que consideran los Santos que se regocijaría la sacratísima Reina de los Ángeles el día de la Resurrección, cuando vio a su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura divina del patriarca Jacob, que cuando oyó decir que su hijo vivía y era señor de toda la tierra de Egipto, se alegró tanto, que revivió su espíritu, y dijo: «Bástame a mí que mi hijo José viva, no quiero más de verle, y con eso moriré contento[328]».

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de Nuestra Señora y de los demás Santos. Y será muy buena devoción en sus fiestas gastar alguna parte de la oración en este ejercicio; porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer; pues el

328 Genes. XLV; 28.

mayor amor que les podemos tener es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estamos allí dándoles el para bien de ella. Y así la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora: «En este día la Virgen María subió a los cielos; alegraos, porque reina eternamente con Cristo». Y comienza el oficio de la misa en esta fiesta y en otras muchas convidándonos a este ejercicio y animándonos a él con el ejemplo de los Angeles que se ejercitan en él. «Alegrémonos todos en el Señor, celebrando esta festividad en honor de la bienaventurada Virgen María, de cuya Asunción se alegran los Angeles, y cantan juntos alabanzas al Hijo de Dios». Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, y es que de allí viene uno poco a poco a subir y tener entrada en esos otros ejercicios de la Divinidad. Porque, como dice Cristo, él es el camino y la puerta para entrar al Padre[329].

También en este ejercicio, que se ejercita con Dios en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar más en él, descendiendo a cosas de acá, porque aunque es verdad que Dios no puede crecer en sí, porque es infinito, y así no podemos quererle en sí mismos algún bien que el no tenga; pero puede Dios cre-

329 Joan. X, 7; XIV, 6.

cer exteriormente en las criaturas, que es ser más conocido, y amado y glorificado de ellas. Y así podemos también ejercitar este amor, queriendo a Dios este bien exterior. Y así considerando el alma en la oración cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando que todas las almas criadas y por criar le conozcan, amen, alaben y glorifiquen en todas las cosas. iOh Señor, y quién pudiera convertir a cuántos infieles y pecadores hay en el mundo, y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y se emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás! «Santificado sea tu nombre[330]. La tierra toda te adore, y taña salmos a tí: salmee a tu nombre[331]». Y allí nos podemos estar pensando mil maneras de servicios que las criaturas podían hacer a Dios, y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno a desear y procurar hacer la voluntad de Dios, y su mayor gloria en lo que a él le pertenece, procurando hacer siempre todo aquello que entendiere ser voluntad de Dios y mayor gloria suya. Conforme a aquello que Cristo nuestro Rédentor dice de sí en el sagrado Evangelio: «Yo siempre hago lo que agrada a mi Padre[332]». Porque, como dice el evangelista san Juan: «El que dice que conoce y ama a Dios, y no hace su voluntad, ni guarda sus mandamientos, no dice verdad, miente. Pero el que

---

330 Matth. VI, 9.
331 Psalm. LXV, 4.
332 Joan. VII, 29.

los guarda, y hace la voluntad de Dios, ese tiene perfecta caridad y amor de Dios[333]».

De manera, que para amar a Dios, y tener entera conformidad con su voluntad, no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios, y quiera que todas las demás criaturas amen y glorifiquen a Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque, ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano no la procura? Y este amor es el que ejercita el alma, cuando en la oración está formando propósitos y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto, y en aquello, y en todo lo demás que se ofreciere, que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oración.

Con esto habemos abierto grande campo para podernos ocupar en la oración mucho tiempo en este ejercicio, y declarado el provecho y perfecfección grande que hay en él. No resta sino que pongamos las manos a la obra, y que comencemos a ensayarnos acá en el suelo en lo que habemos de ejercitar después para siempre y tan aventajadamente en el cielo. «Cuyo fuego está en Sion, y su humo en Jerusalén[334]». Aquí se ha de comenzar a encender en nosotros este fuego de amor de Dios; pero las llamaradas, la alteza y perfección de él será en aquella Jerusalén celestial, que es la gloria.

333 Joan. II, 4.

334 Isai. XXXI, 9.

PALABRAS
DE JESUCRISTO EN EL HUERTO
AL ALMA ATRIBULADA.

Súfreme, pues te sufrí,
y advierte que cuanto viene,
es lo que más te conviene,
pues todo nace de mi.
El amor me puso así,
tu ingratitud me clavó,
nadie cual yo padeció;
y pues todo es por tu bien,
bebe esa gota por quién
un cáliz por tí bebió.

REPUESTA
DEL ALMA ATRIBULADA
A JESUCRISTO.

Justo trabajo confieso
que es, Señor, el que padezco,
y que mayor le merezco
de mi mal, según su exceso.
Por eso, mi bien, por eso,
y porque lo queréis Vos
le sufriré, a fin de que en pos
vaya de Vos con mi cruz,
pues no puedo tener luz
mejor que la de mi Dios.

SUSPIROS DE UNA ALMA ENAMORADA DE JESÚS

Solo para padecer
pido a Dios que me dé vida,
hasta que toda sumida
en penas me pueda ver.
No tengo, no, otro querer,
ni anhela mi corazón
que amar la tribulación,
la pena y el desconsuelo,
con valor, con fe, con celo
y humilde resignación.

¡Oh dichosa soledad,
qué precio tienes tan caro!
¡Oh dichoso desamparo!
No me niegues tu crueldad.
Tinieblas y ceguedad,
dadme presto que sufrir:
Que el no penar es morir;
Que el no vivir yo penando,
es vivir desconfiando
del verdadero vivir.

0 morir o padecer,
fue de Teresa sentir;
padecer y no morir,
fue de Pazis parecer.
¡Oh quién supiera aprender
tan finos modos de amar!
Sólo a mí me da pesar
lo que no me da dolor.
Viva solo en el rigor
y muera de no penar.

¡Oh padecer desgraciado,
si el mundo te conociera!
¡Con qué gusto te acogiera,
y fueras de él estimado!
¡Oh tiempo mal empleado
el que sin tí yo he vivido!
¡Oh cuán tirano me has sido,
pues con falsa presunción
robaste a mi corazón
tanto bien como he perdido!

Conoced el padecer,
almas, si queréis gozar:
Mirad, que no sabe amar
quien cruz no quiere tener,
pues el más puro entender
de Dios y de su hermosura,
y la más subida altura
de luz, pureza y unión
lo da la tripulación
al alma en la cruz mas dura.

Mi cruz es vivir sin penas;
mi pena es vivir sin cruz,
porque las penas son luz
a las almas que son buenas.
Son también las penas venas
donde se engendra el amor;
Que amor donde no hay dolor
no le tengo por seguro:
y así, yo penas procuro
cuantas más tanto mejor.

Si, pues, mi dicha es mi pena
Y mi deseo es penar,
penas, no querais cesar
hasta que el alma esté llena;
Venid, pues, en hora buena;
Venid con paso ligero;
Venid que yo os amo y quiero;
Concededme esta merced,
que tengo de penas sed,
y sólo por penas muero.

¡Oh que sed tan regalada!
La alma que más la sintiera
cuanta mayor ella fuera
tanto mas será saciada.
En esta sed cambiada
toda otra sed debe ser,
porque al llegarse a ver
sediento de más penar
de Dios empieza a gozar
en el mismo padecer.

Del más puro padecer
nace el más seguro amar
cuando se encamina a hallar
lo que el amor manda hacer.
Porque el amar es querer,
y el querer cuesta dolor,
y aun cuando en el interior
anda el alma atribulada,
y padece resignada,
anda en brazos del amor.

ÍNDICE

PRÓLOGO DE LOS EDITORES 3

TRATADO DE LA CONFORMIDAD
CON LA VOLUNTAD DE DIOS.

CAP. I.- En que se ponen dos fundamentos principales. 5
CAP. II.-En que se declara más el segundo fundamento. 12
CAP. III.-De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. 17
CAP. IV.-Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. 23
CAP. V.-Que en sólo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento. 30
CAP. VI.-En que se declara por otra vía como el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento. 37
CAP. VII- De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios. 45
CAP. VIII.-En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada a Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfección grande que hay en él. 50
CAP. IX.-De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. 54
CAP. X.-De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en él. 60
CAP. XI.- De algunos lugares y ejemplos de la sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios. 69

CAP. XII.-De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración a este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios; y cómo habemos de ir descendiendo a cosas particulares, y hasta llegar al tercer grado de conformidad. 81
CAP. XIII.-De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare. 89
CAP. XIV.-De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que hemos de tener para cualquier oficio y ocupación en la que Dios quisiere ponernos. 90
CAP. XV.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales. 98
CAP. XVI.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades. 108
CAP. XVII.-Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios: y que nos habernos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino también en todas las cosas que suelen suceder en ella. 115
CAP. XVIII.-En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 120
CAP. XIX.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida. 128
CAP. XX.-De algunas razones y motivos por los cuales debemos desear la muerte lícita y santamente. 133
CAP. XXI.-En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 143
CAP. XXII-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía. 151

CAP. XXIII.-De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecado. 157
CAP. XXIV.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oración; y qué entendemos aquí por nombre de sequedad y desconsuelo. 165
CAP. XXV.-En que se satisface a la queja de los que sienten sequedades y desconsuelos en la oración. 172
CAP. XXVI.-Como convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oración. 177
CAP. XXVII.- De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la santa voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oración. 181
CAP. XXVIII.-Que es grande engaño y grave tentación dejar la oración por hallarse en ella de la manera dicha. 186
CAP. XXIX. - En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 189
CAP. XXX.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales. 194
CAP. XXXI.-De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de la gloria. 200
CAP. XXXII.-De la conformidad, unión y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio. 205
CAP. XXXIII.-Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la sagrada Escritura. 211
CAP. XXXIV.-Cómo nos podremos extender más en este ejercicio. 214